

Cuidado de la casa común

Laudato sí, una voz profética

Víctor Codina, s.j.*

El ser humano que ha herido a la creación está llamado a restaurarla, primordialmente porque los pobres son las principales víctimas en la crisis ecológica y el cambio climático. Esto supone una opción política desde la sostenibilidad. La encíclica es un “no” a la idolatría del dinero, al mito de progreso indefinido, al consumismo, al individualismo, al antropocentrismo despótico

La reciente encíclica *Laudato sí* ha tenido una repercusión mundial. Para muchos es la Carta Magna de la ecología integral, el grito de la Tierra y el grito de los pobres, una encíclica verde, una carta estremecedora, impresionante, subversiva y de gran envergadura social sobre el cuidado de la casa común, un llamado a la conversión ecológica desde los pobres... Pero hay sectores conservadores que rechazan la encíclica no solo desacreditando al papa Francisco (“argentino”, “peronista”, “teólogo de la liberación”, “no economista ni científico”...) sino más aún, denunciando que la Iglesia no debe intervenir en cuestiones económicas y políticas, sino que ha de limitarse a la esfera religiosa y espiritual: “A Dios lo que es de Dios, al César lo que es del César”...

Podemos enmarcar a *Laudato sí* dentro de la clave profética. Entendemos por profetismo el movimiento suscitado en Israel (y también en otras religiones), en el evangelio y en la Iglesia, por hombres y mujeres alcanzados por Dios, con una fuerte experiencia espiritual de Dios y de su designio de salvación. Surgen ordinariamente en momentos de cambios históricos y de crisis, denuncian los desvíos e intentos de convertir los medios en fines, anuncian la salvación y proponen caminos de conversión. Los verdaderos profetas sufren muchas veces contradicciones y persecución.

Desde esta óptica *Laudato sí* no es solamente un escrito pastoral, sino una voz profética: denuncia la contaminación y el cambio climático, anuncia el proyecto de Dios sobre la creación y llama a una conversión a una ecología integral. No es extraño que también Francisco sufra contradicciones y críticas.

DENUNCIA DE LO QUE ESTÁ PASANDO A NUESTRA CASA COMÚN

Tras una alusión a San Francisco, modelo del cuidado de la creación y de ecología integral vivida con alegría (10), se pasa a denunciar el pecado contra la creación que origina contamina-

ción, convierte la Tierra en un depósito de porquería, genera calentamiento del clima, agotamiento del agua, deforestación, pérdida de la biodiversidad, deterioro de la calidad de vida humana y degradación social (20-47): sus efectos los sufren la gente más pobre (48). Al clamor de la Tierra se une el clamor de los pobres (49). Frente a esta crisis ecológica no hay una cultura necesaria para enfrentarla (53) y escandaliza la debilidad de la reacción política internacional (54).

Pero Francisco no se limita a constatar estos males, sino que quiere descubrir la raíz humana de la crisis ecológica. Para ello se concentra en el paradigma tecnocrático dominante (101) que busca un crecimiento ilimitado y *estruja* el planeta más allá del límite (106). Es el antropocentrismo moderno que coloca la razón técnica por encima de la realidad (115), sin preocuparse por medir el daño a la naturaleza y el impacto ambiental, cuyas consecuencias sufren los más débiles (117).

El problema ecológico es un problema antropológico (118) y social (49), un problema ético y en última instancia religioso (119) que desemboca en un relativismo práctico: todo lo que no sirve a los propios intereses es irrelevante (122), se olvida que el hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económico-social (127), no es el *señor* prometeico del universo, sino su administrador responsable (116).

En síntesis, el uso de combustibles fósiles, el mito del progreso sin límites, el ansia de lucro, la cultura del descarte... han convertido a nuestra casa común en un basural, un desierto, con desigualdades indignantes, una herencia envenenada para las nuevas generaciones ¿Quién nos alimentará en el caos climático? ¿Hay alternativas? ¿Hay esperanza?

EL ANUNCIO DEL EVANGELIO DE LA CREACIÓN

Aunque la encíclica se dirige a todas las personas de buena voluntad, la religión con la idea de creación puede ayudar a dialogar con la ciencia en un mutuo enriquecimiento sapiencial (62). Por esto se acude a los relatos bíblicos del Génesis que con su lenguaje simbólico sugieren que la existencia humana se basa en la relación con Dios, con el prójimo y con la Tierra (66), relación rota por el pecado que ha convertido la armonía del cuidar y labrar la tierra en conflicto y en dominio de un antropocentrismo

despótico (68). En realidad, en la creación todo está relacionado y nuestra relación con la Tierra es inseparable de la fraternidad, la justicia y la fidelidad a los demás (71). El Dios que libera y salva es el mismo que creó el universo (73) y si todo lo creó de la nada, puede vencer también cualquier forma de mal (74).

Para la tradición judío-cristiana la naturaleza es creada y la creación tiene que ver con un proyecto amoroso de Dios (76), “el amor que mueve el sol y las estrellas”, en expresión de Dante (77). La naturaleza no tiene carácter divino, ni se puede admitir el mito moderno del progreso sin fin (78). De nosotros depende el cuidar la naturaleza o el producir males y sufrimientos que afectan a la humanidad (79). Nos corresponde colaborar con el Creador y su Espíritu, continuando su obra creadora (79), respetando siempre a los otros seres vivos que no pueden ser sometidos arbitrariamente (82).

Toda la creación avanza hacia su plenitud en Cristo resucitado (83) y todas las criaturas nos reflejan la imagen del Creador como aparece en el precioso cántico de Francisco de Asís que alaba a Dios por el hermano sol y la hermana luna, por el hermano viento, la hermana agua y el hermano fuego (87).

Todas las criaturas están unidas por lazos invisibles y entre todas forman la familia universal, en una comunión sagrada en la que el hombre tiene una preeminencia innegable (90). Todo ello exige una actitud de ternura y compasión por todos los seres humanos; paz, justicia y conservación de la creación están estrechamente ligadas (92). Por esto sus bienes están destinados a todos, sin excluir ni privilegiar a nadie. Sobre la propiedad privada grava una hipoteca social (Juan Pablo II) (93).

En los evangelios el Dios creador es el Padre de Jesús y Jesús nos exhorta a contemplar la ternura de Dios con los pájaros y la belleza de los lirios del campo (96-97). Jesús pasa la mayor parte de su vida trabajando con sus manos como carpintero. Todo ha sido creado por él y para él y él se inserta en el cosmos creado (99). Cristo resucitado envuelve y orienta a todas las criaturas a su destino de plenitud. Todo está lleno de su presencia luminosa.

De este modo, frente a la trágica situación del mundo roto y destrozado, se alza el luminoso proyecto amoroso de Dios de una creación para todos, donde todo refleja la gloria del Creador

y todo está estrechamente unido en el respeto y cuidado de la Tierra y de sus bienes, destinados a todos. Estamos lejos del antropocentrismo omnipotente moderno que convierte al ser humano en depredador de la naturaleza y en señor despótico de todo, que margina a los demás y destruye la armonía del cosmos. Esta creación en Cristo resucitado alcanza su plenitud y orienta todo hacia la alabanza y gratitud del Padre. Así podemos alabar al Creador en sus criaturas, en el sol, la luna y las estrellas, en el agua, el viento y el fuego, en la Tierra madre que nos llena de vida.

HACIA UNA CONVERSIÓN ECOLÓGICA INTEGRAL

Luego de la denuncia de las grietas del planeta y del anuncio del evangelio de la creación, la encíclica da orientaciones y normas de acción (163).

Dada la interdependencia de la vida en el planeta, hay que pensar en un proyecto común y en un consenso mundial acerca de la Tierra (164). No puede quedar el siglo XXI como uno de los más irresponsables de la historia (165). A pesar de las diversas cumbres climáticas y declaraciones ambientales (Río, Estocolmo, Basilea, Viena, Montreal y Río + 20)...falta decisión política para llevarlas a la práctica (166), decisión política que es ante todo una decisión ética fundada en la solidaridad de los pueblos y en la búsqueda de acuerdos para los llamados *bienes comunes* (174). Para ello se requiere una autoridad política mundial, como ya pidió Juan XXIII (175).

Es notable que mientras el orden mundial se muestra impotente para asumir responsabilidades, los pueblos aborígenes cultivan con cuidado y generosidad los valores comunitarios y el respeto a la Tierra (179). En cualquier decisión para el desarrollo hay que preguntarse ¿para qué, por qué, dónde, cuándo, de qué manera, para quién, a qué costo, quién paga los costos? (185). La política no debe someterse a la economía, ni esta a los dictámenes del paradigma eficientista tecnocrático (189). No se trata de detener el progreso, sino de orientarlo por cauces nuevos, con mayor sobriedad, aportando recursos a las regiones más pobres (191-193). Para ello hay que cambiar el modelo de desarrollo global y no caer en la maximización de la ganancia, ni en el modelo *elitista y privatista* (194-195). Hay que superar el conflicto entre política y economía (198).

Para esta tarea las religiones ofrecen sentido y motivaciones. Hay que interpelar a los creyentes, que constituyen la mayor parte de la humanidad, a que sean consecuentes con sus creencias y que busquen el cuidado del planeta (200-201).

En conclusión, la humanidad ha de cambiar de rumbo, apostar por otro estilo de vida no consumista, superar el individualismo y desarrollar un estilo de vida alternativo (202-205). Esto supone una educación ambiental y una crítica a los *mitos* de la modernidad: individualismo, progreso indefinido, competencia, consumismo, mercado sin reglas...y recuperar el equilibrio ecológico en todos sus niveles, abiertos al Misterio desde donde la ética ecológica adquiere sentido (206-210). Esto exige diversos comportamientos comenzando por lo más simple: evitar material plástico, separar los residuos, cocinar solo lo necesario, respetar a los seres vivos, usar transporte público, apagar luces innecesarias (211). Es preciso vivir una austeridad responsable (214), difundir un nuevo paradigma acerca del ser humano, la vida, la sociedad y la relación con la naturaleza (215).

La encíclica se dirige ahora expresamente a los cristianos que son llamados a una conversión ecológica de acuerdo con el evangelio (216). Hay que vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios (217) y preguntarnos si pecamos contra la creación (218). Es necesario avanzar hacia una conversión comunitaria con actitud de cuidado y ternura ante el mundo, objeto del amor del Padre (219-220), vivir un estilo de vida profético y contemplativo, convencidos de que *menos es más*, gozando con poco y con lo pequeño (222), recuperar la armonía con la creación, contemplar al Creador que vive entre nosotros (225), caminar hacia una fraternidad universal, con sentido de responsabilidad por los demás, con atención a las macro-relaciones, fomentar la cultura del cuidado (228-232). Esto nos conduce a una espiritualidad celebrativa y sacramental que encuentra en la eucaristía dominical su máxima elevación (233-237) y su raíz es el misterio Trinitario, modelo de una rama de relaciones y de una solidaridad global (238-240). Y mientras nos encaminamos a la Jerusalén donde nos encontraremos cara a cara con la belleza de Dios, nos hacemos cargo de esta casa común con todos los cristianos, sabiendo que Él no nos abandona (243-245).

La encíclica acaba esta reflexión, gozosa y dramática a la vez, con una oración por la Tierra y con una oración cristiana en la que se pide al Señor que nos muestre nuestro lugar en este mundo y que podamos proteger la vida de la Tierra y la vida de los pobres que están clamando (246).

De este modo, comenzando por lo político y económico, la encíclica se abre a la dimensión ética y religiosa, a la búsqueda de otro estilo de vida más sobrio, sencillo, comunitario y responsable de la creación. El ser humano, capaz de destruir la creación es también capaz de convertirse y cambiar y pasar de ser el depredador al cuidador de la Tierra. Las religiones han de unirse en esta tarea y los cristianos hallan en su fe motivaciones fuertes para esta conversión ecológica en defensa de la vida de la Tierra y de los pobres. En última instancia la ecología es un problema no solo científico, económico y político, sino ante todo humano, ético y religioso. La encíclica no se convierte en profecía de calamidades, sino en un llamado a la esperanza.

RECAPITULACIÓN PROFÉTICA

Retomando la dimensión profética de la encíclica podemos constatar que en efecto también aquí hay, como en los profetas de Israel, una denuncia de la idolatría, una revelación de Dios y un llamado a la transformación y conversión.

Laudato si' que comienza con una mirada a lo que pasa a nuestra casa común, acaba denunciando la idolatría de una sociedad que cae bajo el paradigma tecnocrático y en su nombre destruye la naturaleza y margina a los más débiles. La encíclica es un *no* a la idolatría del dinero, al mito de progreso indefinido, al consumismo, al individualismo, al antropocentrismo despótico. Estas denuncias están en continuidad con las que *La alegría del evangelio* denunciaba: no a una economía de la exclusión, no a la nueva idolatría del dinero, no a un dinero que gobierna en lugar de servir, no a la inequidad que genera violencia (EG 52-75).

El evangelio de la creación desemboca en la revelación de un Dios Creador y Padre que siempre escucha el clamor del pueblo oprimido, de los pobres y de la Tierra sometida a violencia. El Dios del Éxodo, el Dios de los profetas que predicaban la justicia y el amor a los pobres, es el Dios de Jesús que se compadece y siente que se le conmueven las entrañas ante el sufrimiento

ajeno. El lugar privilegiado de los pobres en el Reino de Dios, que proclama *La alegría del evangelio* (EG 197-201), se prolonga ahora a la Tierra herida y esclavizada por los intereses de personas y grupos.

La conversión ecológica integral es una conversión a la ternura y al cuidado de la casa común (*oikos*), de la ecología, algo que toca a la sociedad y a cada uno de nosotros. Es la prolongación del profetismo que proclama que la Tierra es de Dios y que hay que cuidarla, respetarla y hacerla descansar en el año sabático y en el jubileo.

Esta voz profética que discierne los signos de los tiempos es como el centinela que anuncia tanto los peligros como la aurora; es buena noticia para una generación que se siente atrapada en sus propias redes y que busca con angustia una voz que la libere de la esclavitud en la que ha caído. Ojalá escuchemos hoy esta voz profética de Francisco, a través de la cual sopla el Espíritu del Señor que nunca abandona a su pueblo y hace surgir profetas en momentos de crisis y de confusión. Y repitamos la *Oración por nuestra Tierra* con la que concluye esta encíclica:

Sana nuestras vidas,
para que seamos protectores del mundo,
y no depredadores,
para que sembremos hermosura
y no contaminación y destrucción.
Toca los corazones
de los que buscan solo beneficios
a costa de los pobres de la Tierra.

Aliéntanos, por favor, en nuestra lucha
por la justicia, el amor y la paz (245)

*Teólogo. Profesor emérito de la Universidad Católica Boliviana de Cochabamba.